

Ensayo bibliográfico

Después de la modernidad: debates contemporáneos sobre cultura y política en Puerto Rico

Jorge Duany

*Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

Listening to Salsa: Gender, Latin Popular Music, and Puerto Rican Cultures. Por Frances R. Aparicio. Hanover, N.H.: Wesleyan University Press, 1998. Pp. 290.

La nación en la orilla (respuesta a los posmodernos pesimistas). Por Luis Fernando Coss. San Juan: Punto de Encuentro, 1996. Pp. 84.

Polifonía salvaje: ensayos de cultura y política en la postmodernidad. Editado por Irma Rivera Nieves y Carlos Gil. San Juan: Postdata, 1995. Pp. 522.

Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics. Editado por Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997. Pp. 303.

Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico. Por Arlene M. Dávila. Filadelfia: Temple University Press, 1997. Pp. 301.

La venganza de Cortijo y otros ensayos. Por Juan Flores. Río Piedras: Huracán, 1997. Pp. 293.

Hubo una época en que parecía existir un amplio consenso intelectual en torno a la relación entre cultura y política—por lo menos entre los científicos sociales y humanistas de izquierda que se autodenominaban “progresistas” y eran considerados por otros como “radicales”. A partir de la década de 1960, un creciente nacionalismo frecuentemente combinado con alguna variante del marxismo llevó a muchos académicos a militar en las luchas anticoloniales y, en el caso puertorriqueño, en el movimien-

to independentista. Desde esta perspectiva, la cultura se convirtió en un terreno ideológico tan disputado como la política.

Muchos intelectuales puertorriqueños se sentían llamados a constituir una vanguardia en la afirmación cultural de la nación oprimida por el colonialismo y el capitalismo. Aunque podrían citarse numerosos ejemplos, algunos textos emblemáticos de esta postura son los de Angel G. Quintero Rivera y otros autores, *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales* (1979); la compilación de José Luis Méndez, titulada significativamente *La agresión cultural norteamericana en Puerto Rico* (1980); buena parte de *El país de cuatro pisos* de José Luis González (1980) y varios ensayos de *Crisis y crítica de las ciencias sociales en Puerto Rico*, editado por Rafael L. Ramírez y Wenceslao Serra Deliz (1980). Una cita de Méndez resume el tono categórico de estos ensayos: "la nacionalidad es sobre todo el proyecto histórico de los sectores populares y principalmente del proletariado y la pequeña burguesía" (p. 99). Nótese el énfasis en la posibilidad de establecer una alianza estratégica entre los intereses del proletariado y la pequeña burguesía a través del trabajo intelectual.

Hoy en día, muchos académicos han abandonado las certezas ideológicas del pasado reciente. En parte debido a la influencia del posmodernismo y las corrientes postestructuralistas, a su vez relacionados con luchas políticas más amplias, ha habido una verdadera explosión de reflexiones teóricas e investigaciones empíricas sobre la identidad nacional en la Isla durante la década de 1990 (véase Duany 1996, 1998 para reseñas anteriores de esta bibliografía). El tono predominante de los ensayos presentes es el de la duda, la sospecha y a veces el repudio del canon nacionalista establecido en las ciencias sociales y las humanidades. Cada vez más intelectuales se distancian de los discursos y prácticas asociadas con el movimiento independentista, particularmente la ideología marxista. La relación entre cultura y política, especialmente la combinación entre estos dos términos—cultura política y política cultural—, está atravesando por una reevaluación profunda.

En este ensayo, revisaré algunas de las contribuciones más significativas al debate contemporáneo sobre cultura y política en Puerto Rico. Me interesa destacar los cambios fundamentales en los paradigmas interpretativos de las ciencias sociales y las humanidades en la Isla, sobre todo el desplazamiento intelectual del marxismo al posmodernismo. Estos cambios paradigmáticos pueden resumirse en cinco puntos principales: (1) la reconceptualización de la cultura y la política; (2) el abandono de los grandes relatos;

(3) el cuestionamiento del método de investigación; (4) la desconstrucción de los discursos hegemónicos y (5) la búsqueda de proyectos políticos alternos al nacionalismo y el socialismo. Evaluaré someramente los aportes teóricos, metodológicos y sustantivos de estas nuevas tendencias, así como sus debilidades conceptuales y limitaciones prácticas. En este sentido, me anima un espíritu crítico pero abierto al diálogo con los autores reseñados en este trabajo. Para adelantar mi tesis central, argumentaré que el enfoque posmoderno plantea cuestiones fundamentales sobre cultura y política, pero deja mucha de ellas sin contestar satisfactoriamente. Hay que seguir explorando diversas alternativas teóricas para dar cuenta de la creciente complejidad de la sociedad puertorriqueña después de la modernidad. Una línea prometedora de reflexión sería combinar el interés en las prácticas discursivas con el análisis de las condiciones materiales de la vida cotidiana (véase Best y Kellner 1991).

Repensar la cultura y la política

Para comenzar, muchos de los ensayos recientes apuntan hacia el agotamiento de los modelos convencionales sobre cultura y política en las ciencias sociales y las humanidades. Por ejemplo, una de las premisas del análisis social moderno ha sido la ecuación entre sociedad, población, territorio y Estado. La sugerente hipótesis del crítico literario y sociólogo Juan Flores en *La venganza de Cortijo y otros ensayos* es que "la cultura puertorriqueña contemporánea... constituye un campo discursivo unificado que requiere una interpretación integral" (p. 13). Más adelante Flores reconceptualiza la cultura puertorriqueña como una serie simbólica de "intercambio recíproco, dinámico e incesante" (p. 14) entre el territorio insular y la diáspora continental. En efecto, el libro reconfigura las fronteras geopolíticas de la nación puertorriqueña a partir de la emigración masiva a los Estados Unidos y, sobre todo, de la migración circular entre los dos países. Este gesto desestabiliza los acercamientos tradicionales basados en una visión insularista de la puertorriqueñidad. Además, Flores socava las concepciones elitistas de la cultura al poner a dialogar al músico afroantillano Cortijo con el ilustre hispanista Pedreira, el plenero "Bumbún" Oppenheimer con el escritor José Luis González, el poeta *nuyorican* Tato Laviera con el crítico Arcadio Díaz Quiñones y el rapero Charlie Chase con el salsero Willie Colón.

Por su parte, la antropóloga Arlene Dávila enfoca su atención en un tipo de lucha "política" hasta ahora poco estudiada en Puerto

Rico: las continuas batallas ("*culture wars*") entre distintos sectores sociales, intereses económicos e ideologías políticas por definir la identidad nacional. Su libro *Sponsored Identities* se centra en el surgimiento de grupos de fuerte base comunitaria ("*grass-roots*") como los centros culturales regionales que utilizan, resisten o contienen los discursos oficiales de la puertorriqueñidad. El reciente auge del nacionalismo cultural en la Isla se aborda como un movimiento social amplio, multipartidista y multclasista, con implicaciones prácticas para la lucha contra el colonialismo. Así, las fronteras entre "lo político" y "lo cultural" son cada vez más fluidas y permeables, como sugiere el subtítulo intraducible de "*cultural politics*". Para decirlo en pocas palabras, lo cultural es político y lo político es cultural.

Esta fluidez conceptual y metodológica se manifiesta en los ensayos compilados por los filósofos Irma Rivera Nieves y Carlos Gil en *Polifonía salvaje*, y por la crítica literaria y cineasta Frances Negrón-Muntaner y el sociólogo Ramón Grosfoguel en *Puerto Rican Jam*. En ambos volúmenes, los autores cruzan las fronteras disciplinarias de la literatura, el arte, la historia, la sociología, la antropología, la economía y otros campos de estudio. Esta transgresión interdisciplinaria los lleva a moverse fácilmente de la cultura a la política y de la política a la cultura, deteniéndose sobre objetos de estudio tan variados como novelas, pinturas, videos, películas, canciones, artículos periodísticos, anuncios comerciales y otros "textos" culturales.

Las dos colecciones tienden a borrar las distinciones convencionales entre las ciencias sociales y las humanidades, la cultura popular y la "alta" cultura, la nación y la diáspora. En *Polifonía salvaje*, la cultura emerge como un conjunto de prácticas híbridas y fragmentadas en múltiples ámbitos de producción simbólica, como la poesía, el cine, la música, la arquitectura y las artes visuales. La política se entreteje con todos estos fragmentos mediante la yuxtaposición, negociación y a veces confrontación entre discursos hegemónicos y subalternos. En *Puerto Rican Jam*, lo cultural se redefina como un espacio colectivo para "pensar textualmente" y construir identidades a base de diversas posiciones de clase, raza, género y orientación sexual. Del mismo modo, lo político se revela en una multiplicidad de escenarios—locales, regionales, nacionales y transnacionales—donde se lucha por el reconocimiento, la representación y el apoderamiento ("*empowerment*") de grupos y comunidades desventajadas.

Otro esfuerzo loable por repensar el binomio cultura/política es el de la crítica literaria Frances Aparicio en *Listening to Salsa*. Para esta estudiosa, existe una clara intertextualidad entre la música popular y la “nueva narrativa puertorriqueña” de las últimas dos décadas. Citando a Juan Gelpí, Aparicio señala: “el uso de referencias y alusiones extraliterarias, particularmente las relacionadas con la música popular y la cultura masiva, se ha convertido desde principios de los años setenta en una estrategia contracanónica que democratiza la literatura y desestabiliza las ideologías patriarcales y elitistas que han caracterizado a la literatura puertorriqueña desde finales del siglo 19” (p. 4; las traducciones a través del texto son mías). Por eso, Aparicio diluye la distinción entre la cultura literaria de la élite intelectual y las prácticas musicales difundidas a través de los medios de comunicación masiva. En su lugar, pone énfasis en la cultura popular como un sitio privilegiado para abordar la política del género, esto es, los conflictos entre la estructura patriarcal dominante y las resistencias ideológicas de las mujeres y los hombres de las clases subalternas.

En conjunto, los estudios recientes amplían la discusión sobre cultura y política y los vínculos entre estas dos esferas de la sociedad. El único de los libros revisados que tiende a reproducir una visión “modernista” (es decir, marxista) de la cultura y la política es el del periodista Luis Fernando Coss, *La nación en la orilla*, aunque replantea aspectos puntuales de la cuestión nacional. La mayoría de los autores se aleja de una visión estática y esencialista de la cultura como una unidad de análisis discreta y homogénea con bordes territoriales bien marcados. Al mismo tiempo, se reformula la política más allá de instituciones formales como los partidos y los sindicatos para develar las relaciones de poder entre géneros, clases, etnias y generaciones, entre otras áreas de contención ideológica. De ahí que las últimas tendencias apunten hacia una nueva agenda de investigación en los estudios culturales puertorriqueños, informada por enfoques teóricos como el posmodernismo, el feminismo, el neomarxismo y el transnacionalismo.

Abandonar los grandes relatos

En común con la sensibilidad posmoderna, muchos intelectuales puertorriqueños—incluyendo algunos que habían profesado el marxismo anteriormente—se han decepcionado con las narrativas maestras de la modernidad. *Polifonía salvaje* muestra claramente el “desencantamiento” de los críticos posmodernos del

nacionalismo como una "utopía perdida", en palabras de su coeditor Gil. Muchos de los trabajos se dedican a reevaluar la producción cultural de la Isla, sin "ilusiones" ni "nostalgia", como apunta Rivera Nieves en su prólogo (p. 18). Por eso se justifica hasta cierto punto el apelativo de Coss acerca de los "posmodernos pesimistas", aunque no queda muy claro quiénes serían los otros, los optimistas.

Los colaboradores de *Puerto Rican Jam* también arremeten contra el discurso nacionalista, tan arraigado entre la élite intelectual criolla, especialmente por sus "premisas patriarcales, racistas y homofóbicas" (p. 25). Varios autores, como los sociólogos Kelvin Santiago-Valle y Agustín Laó, adoptan una postura radical frente al marxismo y el nacionalismo, inspirada en los estudios subalternos y poscoloniales. El historiador Mariano Negrón Portillo critica *todos* los esfuerzos partidistas por construir una identidad nacional en Puerto Rico, desde una postura nacionalista, independentista y populista, a lo largo del siglo 20. El economista Jaime E. Benson-Arias cuestiona el "mito de la economía nacional" en la Isla a partir de su creciente integración con la economía norteamericana desde la Segunda Guerra Mundial. Los editores del volumen incluso proponen rebasar la dicotomía convencional entre discursos nacionalistas y colonialistas a raíz de los enfoques postestructuralistas. Desafortunadamente, como veremos más adelante, su propuesta alterna deja mucho que desear.

La tendencia central de los trabajos reseñados podría caracterizarse como posmarxista y ocasionalmente antimarxista. El movimiento intelectual predominante entre los académicos posmodernos es una ruptura epistemológica con el materialismo histórico como teoría cultural y práctica política. En algunos casos, el rechazo es violento y visceral; en otros menos brusco y completo. La mayoría de los estudiosos contemporáneos argumenta en contra del determinismo económico y a favor de la relativa autonomía de la cultura. Algunos, siguiendo a Raymond Williams, incluso dirían que la cultura es una práctica constitutiva de la sociedad, de ninguna manera reducible a la ideología.

Los últimos ensayos de Flores ilustran la trayectoria de su pensamiento social desde el materialismo histórico (aunque heterodoxo) en los años setenta hasta el posmodernismo en los noventa. Flores nunca llega a obviar la base material de los asuntos culturales que más le interesan, como la literatura *nuyorican* o la música de rap. Tampoco abraza indiscriminadamente al posmodernismo como la nueva ortodoxia en los estudios culturales. Pero sí hace

referencias elogiosas a la "teoría posmodernista contemporánea" (p. 39), especialmente a los críticos chicanos de las fronteras culturales (como Gloria Anzaldúa, Guillermo Gómez-Peña y Renato Rosaldo), como puntos de partida para su reflexión actual sobre la experiencia *nuyorican*. También interpela a teóricos poscoloniales como Edward Said, Partha Chatterjee y Gayatri Spivak a lo largo del texto. Lamentablemente, *La venganza de Cortijo* no aplica sistemáticamente la teoría posmoderna o poscolonial al caso de Puerto Rico; ni siquiera toma en cuenta que la frontera entre Puerto Rico y los Estados Unidos no es terrestre ni jurídica, como en el caso de México, por lo que habría que repensar incluso la metáfora de "bordes divididos", como se titula el libro anterior de Flores (1993). Toda una literatura reciente sobre "los estudios de la frontera" sería pertinente, aunque no mecánicamente, para el análisis de la identidad cultural en la Isla.

Por su parte, Dávila rebate algunos planteamientos centrales del enfoque posmoderno hacia el nacionalismo como un metarrelato (p. 18) más de la modernidad, aunque reconoce que los discursos nacionalistas tienden a construir la identidad como una esencia fija y unitaria. Pero esta concesión no la aleja del análisis de la "experiencia vivida" en la práctica cotidiana desde una perspectiva etnográfica ("*from the bottom up*"). En *Listening to Salsa*, Aparicio aboga por una "lectura posmoderna" de la música popular que insista en su "pluralidad ideológica" (p. 61) y su multiplicidad de significados para diferentes audiencias. Simultáneamente, la autora cuestiona las perspectivas feministas angloamericanas que no toman en cuenta la situación particular de las mujeres latinas en los Estados Unidos, especialmente su posición como sujetos coloniales racializados. Finalmente, Aparicio atempera sus disquisiciones posmodernas con una clara conciencia de las diferencias de clase, género y raza en la recepción e interpretación de la música popular. Los trabajos de Flores, Dávila y Aparicio no se apartan totalmente del materialismo histórico aunque incorporan los aportes post-estructuralistas.

El libro de Coss merece mención aparte en este contexto. *La nación en la orilla*, más que una "respuesta a los posmodernos pesimistas", representa una contraofensiva antiposmodernista. Su meta explícita es reaccionar contra "la más reciente manifestación del pesimismo entre los independentistas" (p. 7), concretamente el polémico ensayo del historiador Carlos Pabón (1995). En principio, Coss se propone refutar el planteamiento posmoderno de que "la nación no tiene futuro" (p. 10), para terminar afirmando que "la

*Es difícil concebir a la nación de la
misma manera que hace veinte años,
como una entidad cultural relativamente
homogénea encuadrada en un Estado
independiente.*

nación no tiene precio en el mercado" (p. 84). El problema básico con la postura analítica de Coss es que no logra esbozar un marco conceptual alternativo al marxismo "clásico" ni al "posmodernismo pesimista" para abordar el nacionalismo puertorriqueño, quizás porque se repliega en una postura defensiva ante el posmodernismo. A fin de cuentas, *La nación en la orilla* (cuyo sugestivo título podría servir de pretexto para toda una reflexión teórica) retoma las tesis del independentismo socialista acerca de la relación entre cultura y política bajo el capitalismo (pp. 74-77). Entre estas tesis está la idea de que "la nacionalidad es sobre todo el proyecto histórico de los sectores populares", para volver a la frase de Méndez citada al principio de este ensayo.

A la luz de los debates actuales, es difícil concebir a la nación de la misma manera que hace veinte años, como una entidad cultural relativamente homogénea encuadrada en un Estado independiente. Como demuestran la historiadora Silvia Alvarez-Curbeo y otros colaboradores de *Polifonía salvaje*, las prácticas discursivas del nacionalismo han hecho crisis en la "tardomodernidad". Muchas de las narrativas maestras sobre la identidad, el desarrollo o la ciencia ya no gozan de apoyo popular ni credibilidad intelectual. La cultura y la política pueden organizarse en torno a ejes no nacionales e incluso transnacionales, tales como los reclamos feministas, étnicos, ambientales u homosexuales. Como sugiere el título de Dávila, las identidades colectivas pueden ser "auspiciadas" o subvertidas por diversos intereses y actores estatales, intelectuales, comerciales o populares en distintos momentos y lugares. Como demuestra Flores, la diáspora hacia los Estados Unidos ha rebasado las fronteras insulares de la nación desde hace varias décadas. En este sentido, es necesario revisar los términos usuales del debate sobre la identidad nacional en Puerto Rico después de la modernidad.

Rediseñar el método

Pero ¿cómo hacerlo en la práctica? ¿Qué estrategias de investigación pueden evadir las trampas del positivismo en las ciencias sociales y las humanidades? Como apunta Rivera Nieves, los pensadores posmodernos han cuestionado las bases filosóficas del positivismo como parte de la ideología de la Ilustración occidental. Desde este punto de vista, los datos no “hablan por sí solos”: siempre son contruidos e interpretados por un sujeto. Pero tal cuestionamiento—en buena medida acertado—ha desembocado en una postura antiempírica entre muchos estudiosos locales. A excepción de Alvarez-Curbelo, el arquitecto Enrique Vivoni Farage y el comunicólogo Eliseo Colón Zayas, ninguno de los autores de *Poli-fonía salvaje* sustenta sus argumentos con observaciones más que anecdóticas, intuitivas o literarias. Como sostiene Coss, gran parte de la crítica posmoderna al nacionalismo puertorriqueño no se basa en el trabajo de campo sino en especulaciones intelectuales más o menos lúcidas. Volcado contra la investigación social, el posmodernismo puede conducir a un callejón sin salida metodológico.

De todos los proyectos de investigación aquí revisados, los más sólidos desde un punto de vista científico-social son los de Dávila y Aparicio. La primera autora se inserta en una larga tradición de estudios etnográficos sobre comunidades puertorriqueñas, sin perder de vista los múltiples vínculos entre lo local, lo regional, lo nacional y lo global. Metodológicamente, su estudio se ancla en la observación partícipe y las entrevistas intensivas con una muestra de la población de “Caone”, su seudónimo para un municipio del sureste de la Isla. Además, Dávila presenta estudios de caso detallados del Instituto de Cultura Puertorriqueña, las campañas publicitarias de Winston y Budweiser y varios festivales culturales como la Feria de Artesanía de Bacardí y el Festival Nacional Indígena de Jayuya. Toda esta información primaria le sirve a la autora para documentar las luchas cotidianas por elaborar y promover distintas versiones de la puertorriqueñidad. Particularmente reveladoras resultan sus observaciones personales del proceso de seleccionar a la reina “taína” del concurso de belleza en Jayuya (pp. 226-232).

Por otro lado, Aparicio critica la metodología establecida en los estudios culturales contemporáneos porque excluye los puntos de vista de los sujetos populares, aun cuando los autores se definan como “progresistas”. Aparicio introduce una importante innovación metodológica en los estudios sobre la salsa al entrevistar a mujeres y hombres latinos para descubrir cómo interpretan el sig-

nificado de dos canciones particularmente misóginas de Willie Colón y El Gran Combo. *Listening to Salsa* propone un trabajo de campo etnográfico que ayude a rescatar las múltiples voces de las comunidades locales que utilizan la música popular para construir y comunicar sus identidades colectivas (p. 111). No obstante, el grueso del ensayo de Aparicio se fundamenta en su análisis de textos literarios ya canonizados, especialmente las narraciones de Rosario Ferré, Ana Lydia Vega, Luis Rafael Sánchez y Edgardo Rodríguez Juliá, así como en sus reacciones críticas a las letras de las canciones populares. Quien “escucha [y lee] la salsa” en este libro sigue siendo, en el fondo, una intelectual.

La mayoría de los trabajos reseñados se concentra en la desconstrucción de textos literarios porque los autores tienden a provenir de las humanidades, especialmente de la crítica literaria, y porque hacen hincapié en la “textualidad” de la producción simbólica. En este punto siguen una de las tendencias principales del posmodernismo, su atención al carácter discursivo de las representaciones culturales. La estrategia metodológica básica de Flores es yuxtaponer y contrastar textos literarios y musicales de diversa procedencia para reconstruir las posiciones ideológicas sustentadas por distintos individuos, grupos y clases sociales. Flores se destaca en el análisis perspicaz de ensayos culturales como el *Insularismo* de Pedreira, *El país de cuatro pisos* de González, *El entierro de Cortijo* de Rodríguez Juliá y *La memoria rota* de Arcadio Díaz Quiñones. El fuerte de Flores siempre ha sido su asombrosa capacidad para situar sus objetos de estudio—ya sea una crónica, un poema, una canción, un baile o un graffiti—en su contexto histórico-social más amplio. Su enfoque transdisciplinario define un campo discursivo a partir de una red de interconexiones teóricas y prácticas entre el lenguaje, la literatura, la música, el baile y más recientemente la arquitectura. Son particularmente incisivas sus observaciones etnográficas de un *happening* inaugurando la exposición sobre las “casitas” en el Museo del Smithsonian en Washington.

A juzgar por los trabajos reseñados, el carácter distintivo de los estudios culturales puertorriqueños es su hibridez metodológica. Varias publicaciones recientes recalcan la carencia de un eje metodológico común en los estudios culturales contemporáneos (véase Alasuutari 1995; During 1993; Grossberg *et al.* 1992; Inglis 1993). Los colaboradores de *Puerto Rican Jam* arman un verdadero *collage* de documentos históricos, literarios, artísticos, musicales, fílmicos y periodísticos para demarcar el corpus textual del discurso nacionalista. Del mismo modo, los ensayos de *Polifonía sal-*

vaje se apropian de una gran variedad de productos culturales, incluyendo libros académicos, narraciones literarias, telenovelas y planos arquitectónicos. Uno de los resultados de esta libre combinación de fuentes de información es el efecto polifónico, o de *pastiche*, anunciado desde el título de la colección. Algunos de los ensayos de *Polifonía salvaje*—tales como los de Rubén Ríos Avila, Julio Ramos, Juan Gelpí y Manuel Alvarez Lezama—proponen relecturas virtuosas y verdaderamente memorables de la literatura y el arte contemporáneo.

Sin embargo, desde una perspectiva científico-social, la mayoría de estos ensayos carece de documentación apropiada. A pesar de numerosas observaciones sugerentes de los autores, es difícil pasar juicio sobre sus argumentos en ausencia de evidencias contundentes, independientes e intersubjetivas. Además, como señala Angela McRobbie (1996:33), frecuentemente se reduce una amplia gama de prácticas sociales—tales como la participación activa de las audiencias en la producción y consumo de la música popular—a meros “textos” culturales. En el caso de la música, el análisis puramente textual debe contextualizarse con otros puntos de vista, incluyendo los aspectos propiamente sonoros y coreográficos.

En síntesis, la reflexión teórica sobre cultura y política se ha adelantado a—y en ocasiones desvinculado de—su base empírica. Aunque colectivamente los estudios culturales contemporáneos han avanzado mucho en la desconstrucción del discurso nacionalista, pocos autores han logrado articular una agenda de investigación orientada hacia el trabajo de campo. En ese sentido, hace falta insistir en la recopilación de nuevos “datos” primarios, sin que ello implique una reificación “positivista” del quehacer científico. No parece congruente seguir criticando duramente los esfuerzos previos en este campo, basándose únicamente en la revisión de fuentes secundarias impresas. Los mejores ensayos recientes (como los de Dávila y Aparicio en Puerto Rico, Néstor García Canclini en México o Stuart Hall en Inglaterra) demuestran que es posible contribuir al desarrollo de las nuevas teorías culturales sin perder el rigor metodológico (véase García Canclini 1995; García Canclini *et al.* 1996; Hall 1997; Morley y Chen 1996).

Desconstruir los discursos

Como señalé anteriormente, un gesto característico entre los intelectuales posmodernos es la desconfianza de las grandes narrativas de la modernidad. En el caso puertorriqueño, dos discursos

centrales han organizado buena parte de la producción cultural y la práctica política a lo largo del siglo 20: el colonialismo y el nacionalismo. Hasta hace poco, la mayoría de los estudiosos puertorriqueños se dedicó a dismantelar las premisas ideológicas del régimen colonial y a promover la cultura nacional. Quebrado el consenso, los académicos han comenzado a concentrar sus energías intelectuales en repudiar al nacionalismo como teoría y práctica de la identidad. Este distanciamiento es notable en *Polifonía salvaje y Puerto Rican Jam*, moderado en *Listening to Salsa* y menos visible en *La venganza de Cortijo* y *Sponsored Identities*. Sólo *La nación en la orilla* reafirma la continua vitalidad del nacionalismo político así como el cultural.

Ya resulta un lugar común entre ciertos círculos intelectuales denunciar la hispanofilia del discurso nacionalista en la Isla. Casi todos los críticos afiliados al posmodernismo censuran la representación de la identidad colectiva como una sustancia homogénea y excluyente de las diferencias de clase, raza, género u orientación sexual. En su afán por resistir los embates del colonialismo norteamericano, el movimiento independentista elaboró una visión totalizante de la nación puertorriqueña que tiende a silenciar a los grupos subalternos (negros, mujeres, pobres, jóvenes, homosexuales, migrantes). Por eso, la desconstrucción de las prácticas discursivas del nacionalismo revela la necesidad de ampliar el espacio para "narrar" la nación puertorriqueña, como demuestra Yolanda Martínez-San Miguel en su valiosa aportación a *Puerto Rican Jam*. Aquí se hace un llamado urgente para recuperar las "contranarrativas" alternas, como las de las mujeres marginadas por los discursos androcéntricos de la identidad nacional.

No obstante, un problema persistente en la crítica posmoderna es la diversidad ideológica del pensamiento nacionalista en Puerto Rico, así como en otras partes del mundo. Como advierte Coss, el movimiento independentista contemporáneo no puede reducirse a una defensa conservadora del idioma español y la herencia hispánica en la Isla, ni a la construcción de una esencia cultural totalizante y homogénea. El propio Coss, quien se identifica con el ala socialista del independentismo, reconoce que la identidad nacional es "siempre ambivalente, fragmentada e híbrida" (p. 54). Otros ensayos de corte neomarxista, como el de Juan Manuel Carrión (1996), hablan incluso de la construcción de identidades nacionales en Puerto Rico—así mismo, en plural. En *La venganza de Cortijo*, Flores reivindica las "raíces" africanas de la cultura popular puertorriqueña y su fértil entrecruzamiento con la diáspora africana en

los Estados Unidos. En *Sponsored Identities*, Dávila señala que el discurso oficial sobre la puertorriqueñidad incorpora las "tres raíces" de la cultura nacional—la taína, la española y la africana—aunque de manera desigual y paternalista. Por lo tanto, resulta injusto y políticamente peligroso caracterizar al nacionalismo puertorriqueño en su totalidad como un movimiento uniforme, exclusivista, dogmático y reaccionario.

Un hallazgo importante de las investigaciones de Dávila y Aparicio es precisamente la multiplicidad de posiciones sociales y materiales simbólicos desde los que se elabora "lo puertorriqueño". Para la primera autora, la identidad se fragua en la oposición y negociación de distintos actores sociales en sus prácticas culturales cotidianas. Desde esta perspectiva, el nacionalismo cultural surge como una forma duradera de afiliación colectiva en la sociedad puertorriqueña, como respuesta histórica de afirmación y resistencia al colonialismo norteamericano. Pero dicha respuesta asume diversas expresiones concretas al articularse con los intereses de los grupos de base, que incorporan, manipulan o desafían las políticas estatales o comerciales hacia la cultura. La definición de lo "auténticamente" puertorriqueño difiere, por ejemplo, entre un organizador comunitario en Caone, un funcionario del gobierno en San Juan y un director creativo de una agencia de publicidad en Nueva York.

Según Aparicio, la audiencia de la música popular puertorriqueña está compuesta por varias "comunidades interpretativas", divididas por género, clase, raza y edad, entre otras fisuras. Cada una de esas comunidades "lee" la salsa a su manera, dependiendo de su contexto particular, posición social y uso cotidiano. Así, algunos sujetos se apropian de la música popular simplemente como una forma de entretenimiento y escape, mientras otros la utilizan para articular sus deseos corporales y afectivos, y aún otros para subvertir los valores tradicionales y fomentar la liberación sexual y la conciencia política. Por eso el subtítulo de *Listening to Salsa* recalca la pluralidad de "las culturas puertorriqueñas", tanto en la Isla como en la diáspora. Y aquí regresamos al argumento principal de Flores: que a estas alturas no tiene sentido seguir parcelando el territorio de los estudios culturales puertorriqueños entre un "aquí" y un "allá", literal o metafórico. Aun así, queda pendiente la pregunta de cómo se relacionan y se diferencian entre sí los dos polos de la "nación dividida" entre la Isla y la diáspora.

Como he señalado en otras ocasiones, la incorporación explícita y sistemática de la experiencia *nuyorican* obliga a repensar los

términos tradicionales del debate académico y público sobre cultura y política en Puerto Rico. Ya no es factible equiparar “la nación puertorriqueña” exclusivamente con “la Isla”, cuando casi la mitad de la población puertorriqueña vive “fuera” de su país de origen. Desde hace dos décadas, Flores ha contribuido a legitimar una perspectiva transnacional de la cultura puertorriqueña, sin menospreciar la especificidad de los dos polos geográficos del circuito migratorio. Por ejemplo, el significado político de la defensa del español o del bilingüismo varía de un lugar a otro. *La venganza de Cortijo* elabora algunas de las implicaciones más importantes de reconceptualizar a la cultura puertorriqueña contemporánea—siguiendo la metáfora de los críticos chicanos—como una zona fronteriza porosa y ambigua (“*cultural borderlands*”) pero sumamente fértil, como sugiere el auge reciente del “Porto Rap” o la poesía interlingüe de Tato Laviera. Una vez se reconoce que los emigrantes puertorriqueños no se han “asimilado” totalmente al *mainstream* estadounidense, es necesario reenfocar sus prácticas híbridas, desterritorializadas y transnacionales como el llamado *Spanglish* o *code switching*. La contribución más valiosa de Flores consiste en ampliar el discurso puertorriqueñista para incluir a la diáspora *nuyorican*, sobre todo en términos lingüísticos, literarios, musicales y—por qué no—también políticos.

Entre los ensayos compilados en *Puerto Rican Jam*, el de Agustín Laó es el que mejor articula la necesidad de redibujar los bordes de la nación a partir de los flujos migratorios. Laó “se propone conceptualizar la formación nacional puertorriqueña como una categoría histórica translocal cuyas fronteras se mueven entre el archipiélago de Puerto Rico y su diáspora en los Estados Unidos” (p. 117). Desde su perspectiva, el tráfico humano bidireccional entre colonia y metrópoli ha creado un espacio cultural híbrido, desterritorializado y reterritorializado en la diáspora. Este desdoblamiento geopolítico de la nación puertorriqueña—“la nación en la orilla”, para reciclar la metáfora de Coss—requiere nuevas formas de imaginar la comunidad y la identidad, en la medida en que éstas representan diferentes narrativas, afiliaciones colectivas y lugares dispersos. Laó concluye sugestivamente que “el territorio último de la puertorriqueñidad es el cuerpo de un sujeto fragmentado” (p. 183) en múltiples localidades. Si bien tiende a exagerar la desterritorialización flexible de las identidades colectivas, su planteamiento merece discutirse a fondo entre los círculos intelectuales puertorriqueños en la Isla y los Estados Unidos.

Menos convincente resulta el esfuerzo de Grosfoguel, Negrón-Muntaner y Chloé S. Georas de reinterpretar la cultura puertorriqueña como una "etnonación" (pp. 17-19). Este neologismo colapsa dos términos muy distintos en el lenguaje científico-social. Aunque la etnicidad constituye históricamente uno de los modelos primordiales para la construcción de una identidad nacional, es útil mantener la distinción analítica entre los dos conceptos. Para Grosfoguel, Negrón-Muntaner y Georas, los puertorriqueños constituyen un grupo étnico territorializado en la Isla y desterritorializado en la diáspora. Tal operación semántica prácticamente niega el carácter "nacional" de la cultura puertorriqueña y la equipara con la de otras minorías étnicas y raciales en los Estados Unidos. Es como si la emigración de la colonia a la metrópoli de pronto alterara la condición ontológica de los puertorriqueños desplazados. Más aún, el acercamiento teórico de Grosfoguel y sus colegas tiende a justificar el debatible proyecto político de una completa anexión de la Isla a los Estados Unidos para adelantar los derechos civiles de las mujeres, los negros, los homosexuales y otros grupos subalternos. A mi juicio, la expresión "etnonación" no contribuye a esclarecer los términos del debate sobre cultura y política en Puerto Rico y la diáspora. Contrario al argumento de estos autores, es precisamente la ausencia de un Estado nacional en la Isla la que fomenta una confusión teórica y práctica entre Estado, nación, etnia y ciudadanía.

Por otra parte, muchos de los trabajos examinados sugieren una revisión feminista del canon nacionalista, tanto en el plano popular—como en la salsa—como en la cultura de la élite—como en los textos fundacionales de Pedreira y Marqués. Varios de los ensayos reseñados desarticulan las representaciones culturales de las mujeres puertorriqueñas como sujetos marginales, subordinados y carentes de voluntad propia, entre ellos las aportaciones de Martínez-San Miguel y Gladys M. Jiménez-Muñoz a *Puerto Rican Jam*. Pero los "múltiples textos y discursos" (p. 78) de la música popular recopilados por Aparicio revelan, además, un fuerte impulso contestatario y disruptivo del orden patriarcal. Aunque muchas letras de boleros, canciones de salsa y otros géneros musicales como la bachata y el merengue reproducen "un discurso falocéntrico" (p. 123), permiten "reescribir" los textos androcéntricos desde una perspectiva femenina.

Así, el reto conceptual y práctico fundamental del nacionalismo no es sólo incluir a las mujeres y otros sectores oprimidos, sino también multiplicar los lugares y momentos para abrir el diá-

logo y recuperar espacios “colonizados” por las clases, etnias y géneros dominantes. En este sentido, tiene razón Coss al afirmar que los intelectuales independentistas han contribuido enormemente a reconocer y promover la heterogeneidad interna de la nación puertorriqueña, incluyendo el movimiento obrero, las luchas estudiantiles, la historia de las mujeres, la cultura afroantillana, las comunidades de la diáspora y más recientemente los derechos de los homosexuales (pp. 68-69). Resulta inexacto e injusto culpar a todos los independentistas por ignorar la pluralidad dentro de la identidad nacional. Más bien de lo que se trata es de insertar esos “pequeños relatos” en una narrativa más amplia y coherente de la puertorriqueñidad.

En este contexto, llama la atención el interés sostenido de los estudios culturales por la música popular. ¿Será que, como apunta Laó, “la música aparece como la expresión más representativa de la cultura nacional, la sustancia unificadora que inscribe el cuerpo puertorriqueño”? (p. 170). Todos los libros reseñados se aproximan a la salsa como una práctica social significativa, especialmente el de Aparicio, que además la relaciona con géneros musicales como la danza, la plena, el son, el bolero y la rumba. Uno de los ensayos más estimulantes de *Puerto Rican Jam*—cuyo título también tiene una connotación musical en el jazz, no explicitada por los coeditores—es el de Raquel Z. Rivera sobre el rap. *Polifonía salvaje* hace una referencia directa a una práctica musical e incluye una composición con el mismo título de William Ortiz. El libro de Flores recoge ensayos pioneros sobre la plena y el rap. Por su parte, Dávila analiza el uso emblemático de diversos géneros musicales—desde la plena y la nueva trova hasta la salsa y el reggae—en los festivales culturales celebrados a través de la Isla. Coss se une al creciente grupo de críticos culturales que encuentran en la música popular y especialmente en la salsa un espacio ideológico de resistencia anticolonial y afirmación nacional. Varios autores se refieren al lema oficial del gobierno de Puerto Rico en el Pabellón de Sevilla en 1992: “Puerto Rico es salsa”.

Para cerrar esta sección, quisiera consignar un tema recurrente en los estudios sobre cultura y política en Puerto Rico: la ambivalencia de los intelectuales frente a la cultura popular. Prácticamente todos los autores reseñados coinciden en revalorar las prácticas culturales de los sectores subalternos de la Isla y la diáspora, incluyendo la salsa y el rap; la alternación creativa entre el español y el inglés; los movimientos circulares entre la Isla y el continente; la construcción de imaginarios colectivos biculturales;

la libre apropiación de iconos artesanales y comerciales; o el ensamblaje flexible de símbolos nacionales y transnacionales. Pero los estudiosos difieren en cuanto a las repercusiones prácticas—especialmente las políticas—de estos fenómenos. Flores, Coss y algunos de los colaboradores de *Puerto Rican Jam* tienden a representar a la cultura popular desde una postura algo idealista, romántica y populista, que busca reinscribir al “pueblo” (que ya no el proletariado) como protagonista épico en las luchas por la liberación de todo tipo de opresión social. Otras autoras como Aparicio y Dávila proponen una mirada más matizada: por un lado reivindican los valores libertarios, contestatarios y dialógicos de la cultura popular pero, por el otro, reconocen que ésta puede ayudar a reproducir el orden establecido, apoyando el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo. Esta ambivalencia hacia “lo popular” se extiende al plano político, en su sentido más estricto, el último asunto que discutiré en este ensayo.

Rearmar los proyectos políticos

La teoría y la práctica política de las últimas dos décadas—especialmente el posmodernismo—han contribuido a repensar los discursos y las estrategias más efectivas para cuestionar y resistir el poder hegemónico. Mientras el marxismo tendió a privilegiar al movimiento obrero como base material e ideológica para desarticular el régimen capitalista, el posmodernismo hace hincapié en la pluralidad de luchas autónomas libradas en la vida cotidiana en torno a diversos asuntos como el género, la orientación sexual, el ambiente, la raza o la etnicidad. Contrario al énfasis marxista tradicional en la desigualdad de clase, el posmodernismo se enfoca en las múltiples formas de opresión social y en las respuestas a esa opresión desde numerosas posiciones e intereses fragmentados. Para muchos pensadores posmodernos, la agenda política de la investigación y la reflexión social debe descentralizarse y alejarse de los grandes relatos del pasado. Desde esta postura se impone privilegiar las pequeñas narrativas locales y la micropolítica como esfera de acción colectiva (véase Best y Kellner 1991).

Este es el espíritu que caracteriza a la mayor parte de los trabajos reseñados en este ensayo. Siguiendo los planteamientos posmodernos, muchos de los autores apuestan por una política cultural que redefina los espacios discursivos de la identidad nacional y contribuya a un movimiento de “democracia radical”. Quizás el caso más claro de esta posición sea el de Grosfoguel y Negrón-

Muntaner, quienes recientemente suscribieron un manifiesto a favor de "La estadidad desde una perspectiva democrática radical" (Duchesne *et al.* 1997). Dicho proyecto supone la construcción de un consenso ideológico a partir de alianzas estratégicas entre distintos sectores oprimidos de la sociedad, tales como las mujeres, los negros y los homosexuales. Según Grosfoguel y Negrón-Muntaner, es necesario "superar" la oposición binaria entre colonialismo y nacionalismo para adelantar los intereses de las grandes mayorías del pueblo puertorriqueño, desde sus múltiples posiciones (sexuales, raciales o de clase) como sujetos subalternos. Con ciertas variaciones y reservas, la mayoría de los colaboradores de *Polifonía salvaje* probablemente coincidiría con este razonamiento pragmático.

En el caso de Flores y Dávila, el interés por las luchas micropolíticas y los "nuevos" movimientos sociales está matizado por un proyecto intelectual y político más abarcador que, si bien no busca explicaciones totalizantes, no las rehuye ni rechaza completamente. Como señalé antes, los ensayos recientes de Flores evidencian un creciente desvinculamiento del marxismo ortodoxo como teoría y práctica social, pero no un abandono total del materialismo histórico como método analítico. El autor tampoco se desafilia de las luchas por la reivindicación de los derechos civiles de las minorías étnicas y raciales en los Estados Unidos, el contexto histórico en que surgieron sus primeros trabajos de investigación. Más bien hay un intento por explorar ("*map*") "los nuevos trazos de la cultura puertorriqueña" en los años noventa, utilizando las herramientas conceptuales de los estudios culturales y poscoloniales. En el ensayo más reciente incluido en *La venganza de Cortijo*, Flores evalúa la creciente diversificación étnica de la población latina en el "nuevo New York" y sus repercusiones prácticas para la diáspora puertorriqueña. Su análisis sugiere la posibilidad de desarrollar lazos de solidaridad y tácticas de resistencia común al poder hegemónico en los Estados Unidos, sin perder de vista las diferencias entre los puertorriqueños y otros grupos latinos, especialmente los dominicanos.

El proyecto político de Dávila es un poco más difícil de precisar. Desde su posición como puertorriqueña criada en la Isla pero residente en los Estados Unidos, tiende a guardar cierta distancia frente a su objeto de estudio, el nacionalismo cultural. Por un lado, Dávila rechaza la celebración posmodernista de las identidades nómadas, fluidas y desterritorializadas (p. 264 n.10). Por el otro, fustiga al nacionalismo cultural porque, a fin de cuentas, contribuye a legitimar el orden colonial en Puerto Rico (p. 262). El gesto

microetnográfico de Dávila tiende a descomponer los intereses heterogéneos que constituyen el "terreno impugnado" de la nación, tales como las instituciones estatales, los centros comunitarios, los artesanos informales, las empresas publicitarias, las corporaciones transnacionales y los medios de comunicación. Cada uno de estos actores sociales articula y promueve su propia versión de la identidad local, regional o nacional. Pero no queda claro si la autora cree que deba fomentarse el nacionalismo cultural como muro de contención ante el colonialismo norteamericano; o si, por el contrario, como argumentan muchos de los colaboradores de *Puerto Rican Jam* y *Polifonía salvaje*, deba descartarse tal movimiento como anacrónico y retrógrado.

En cambio, el proyecto político de Coss es transparente. Como militante y exdirigente del movimiento separatista, Coss se inserta en una larga tradición nacionalista y anticolonialista en Puerto Rico y otros países de América Latina y el Caribe. Su "respuesta a los posmodernos pesimistas" es un llamado a cerrar filas entre los independentistas para reafirmar la pertinencia de constituir un Estado nacional en la Isla. Su tesis básica es, pues, que sólo la plena soberanía política podrá rescatar y proteger el patrimonio nacional de los puertorriqueños. Aunque Coss hace numerosas concesiones tácticas a los estudios culturales y posmodernos, defiende el proyecto independentista de construir una nación a partir de la cultura popular autóctona. Para Coss, las fronteras territoriales, jurídicas y simbólicas de la nación puertorriqueña deben coincidir en una sola configuración cultural y política. Como ya he apuntado, ésta es la postura clásica de los intelectuales nacionalistas puertorriqueños.

En *Listening to Salsa*, Aparicio asume una posición comprometida con múltiples luchas libertarias. En primer término, se define como "una puertorriqueña que aún se resiste a ser catalogada como académica 'feminista'" (pp. xi-xii), pero se identifica con casi todos los postulados básicos del movimiento de liberación femenina. En segundo lugar, Aparicio inscribe su trabajo de investigación dentro de la producción cultural de las "minorías de color" en los Estados Unidos, especialmente los latinos y los afroamericanos. En tercer lugar, la autora reconoce que su trasfondo de clase privilegiada ha filtrado su interpretación de la música popular, aunque finalmente se haya convertido en una "cocola" fanática de la salsa. Por último, hace una fuerte denuncia de la condición colonial de los puertorriqueños en la Isla (y por extensión en los Estados Unidos). Aunque todas estas posturas son congruentes con un nacionalismo anticolonial y anticapitalista, Apa-

ricio las combina con una aproximación posmodernista a la política del género. Uno de sus mayores logros es precisamente integrar una lectura crítica del proyecto de modernización con una recuperación selectiva del pensamiento radical contemporáneo.

En síntesis, casi todos los autores comentados en este ensayo se distancian de las grandes propuestas políticas de la modernidad, especialmente el nacionalismo, el populismo y el socialismo. En cambio, la mayoría se identifica con los “nuevos” movimientos sociales—como los que defienden los derechos de las mujeres, los homosexuales, los negros y los migrantes—en Puerto Rico y los Estados Unidos. Lamentablemente, las fuertes acusaciones al discurso nacionalista y sus prácticas excluyentes y totalizantes pocas veces vienen acompañadas de un enjuiciamiento igualmente riguroso del colonialismo. (Véase los novedosos trabajos de Lanny Thompson [1995, 1996] sobre el discurso colonial estadounidense en Puerto Rico y otras islas de su “archipiélago imperial”.) El rechazo del marxismo como ideología política frecuentemente conlleva una falta de atención a las desigualdades materiales como fuentes de injusticia y cambio social. No obstante, los ensayos recientes adelantan la agenda de investigación y acción social en la medida en que identifican diversos lugares y formas de disputa ideológica al margen del movimiento obrero o las estructuras partidistas, reformulando así la relación convencional entre cultura y política.

Aunque el debate posmoderno ha abierto una gran caja de Pandora sobre los compromisos prácticos del trabajo académico, los intelectuales puertorriqueños ya no pueden definir su labor como la de “hablar por” el pueblo oprimido contra el imperialismo norteamericano. Quizás una expresión más apropiada para nuestros tiempos sería la de “estar con” (en inglés, “*to stand with*”) los intereses de los grupos subalternos. En el mejor de los casos, como sugieren estos ensayos, los intelectuales sólo pueden ocupar un espacio modesto y secundario en los diversos movimientos sociales orientados hacia reclamos específicos de los sectores populares. En otros términos, la ilusión romántica del “intelectual universal” u “orgánico” se ha desvanecido en la posmodernidad.

A modo de conclusión

Como en otras partes del mundo, la izquierda puertorriqueña ha atravesado por una profunda transformación ideológica en los últimos treinta años. El movimiento independentista se ha fragmentado y estancado en términos electorales y su discurso na-

cionalista tradicional ha sido incapaz de obtener un apoyo masivo. La crisis del marxismo como teoría social e ideología política se ha acelerado como resultado de los cambios dramáticos en Europa Oriental y la Unión Soviética desde finales de la década de 1980. Los ensayos recientes sobre cultura y política en Puerto Rico son testimonios intelectuales de la crisis de uno de los grandes relatos de la modernidad, el socialismo. El desencanto, el pesimismo y hasta el nihilismo de algunos estudiosos reflejan la sensación de que se han perdido todas las utopías, de que una verdadera revolución cultural y política ya no es posible y de que el capitalismo neoliberal ha triunfado.

¿Qué queda entonces después de la modernidad? Si algo demuestran los trabajos reseñados es la fertilidad de los estudios culturales en Puerto Rico. Aunque resulta sospechoso “narrar la nación” desde el discurso nacionalista tradicional, se han abierto nuevos espacios para la reflexión, investigación y discusión de la cultura y la política en la Isla. Para comenzar, lo cultural y lo político se han redefinido como terrenos de contención ideológica, sin fronteras impermeables entre “lo culto” y “lo popular”. Las líneas divisorias entre la Isla y la diáspora se han hecho cada vez menos útiles para imaginar una comunidad nacional y transnacional. Hoy día, muchos científicos sociales y humanistas trabajan sobre problemas de interés común más que sobre temas recortados de antemano por distinciones disciplinarias arbitrarias. La mayoría de los estudiosos contemporáneos parte de la premisa de que la identidad no es una sustancia inmutable ni homogénea, sino un imaginario simbólico construido socialmente. El énfasis en la “textualidad” de la cultura ha generado una “confusión de géneros” productiva para la reflexión teórica y la investigación social (Geertz 1992).

Por el lado negativo, los enfoques posmodernos frecuentemente abstraen el análisis de las prácticas discursivas—tales como el nacionalismo o el colonialismo—de su contexto histórico y su base material. Un sesgo culturalista atraviesa buena parte de la producción intelectual de las ciencias sociales contemporáneas, en gran medida como reacción extrema al paradigma marxista. En su afán por dismantelar las premisas ideológicas del materialismo histórico, muchos académicos han caído en un idealismo y relativismo exagerados. A mi juicio, ése es el problema teórico fundamental de colecciones como *Polifonía salvaje* y *Puerto Rican Jam* (con las excepciones de rigor ya apuntadas). Un problema metodológico es la escasez de investigaciones originales basadas

en fuentes primarias, causada por la desconfianza posmoderna ante el dato empírico. Pero no toda investigación es positivista, como sugieren algunos teóricos contemporáneos. Hace falta desarrollar y mantener cánones rigurosos de verificación en los estudios culturales. Finalmente, los proyectos políticos alternos del posmodernismo—tales como la “democracia radical” propuesta por algunos colaboradores de *Puerto Rican Jam*—requieren mayor elaboración teórica y estratégica, si es que no van a desembocar en el nomadismo intelectual, el cinismo filosófico o el neoliberalismo económico. Hace falta especificar, entre otros asuntos, las fuerzas sociales y los intereses materiales que apoyarían tal proyecto de renovación cultural y política.

Los estudios culturales contemporáneos contienen varias corrientes alternas que podrían desarrollarse provechosamente en Puerto Rico. En su lúcida crítica a la teoría y la política posmoderna, Steven Best y Douglas Kellner (1991) insisten en reflexionar sistemáticamente sobre las bases económicas y políticas de la llamada sociedad postindustrial. Para estos autores, es posible combinar el interés posmoderno por las prácticas discursivas con el análisis crítico del capitalismo tardío, según proponen teóricos como Fredric Jameson (1996). También es posible desarrollar una vigorosa agenda de investigación empírica sobre las formas hegemónicas y contrahegemónicas de representación en la cultura popular, como lo han hecho Stuart Hall y otros miembros de la Escuela de Estudios Culturales de Birmingham (véase Hall 1997; Morley y Chen 1996). Ha habido esfuerzos importantes por entablar un diálogo productivo entre el feminismo y el posmodernismo, sin descartar los aportes del marxismo (véase Moore 1994; McRobbie 1994). Más cerca de nuestro ámbito geográfico está el sostenido esfuerzo teórico y metodológico de García Canclini (1990, 1997), quien ha entrado en el debate posmoderno sin abandonar su preocupación por documentar las coyunturas históricas y sociales en que se produce, circula y consume la cultura contemporánea.

Para terminar, quisiera retomar uno de los hilos conductores de este ensayo: la relación tensa pero complementaria entre colonialismo y nacionalismo. Ninguno de los trabajos revisados demuestra convincentemente la equivalencia ética entre esos discursos ideológicos y prácticas políticas antagónicas. A pesar de todas las críticas válidas que pueden hacerse al nacionalismo, resulta una opción más viable que el colonialismo. El problema fundamental sería, entonces, cómo reconstruir el discurso nacionalista después de la modernidad, sin silenciar las diferencias al interior de la na-

ción, ya sea por razones de clase, raza, etnia, género u orientación sexual. ¿Cómo imaginar una identidad colectiva suficientemente amplia, que incluya los valores de una cultura popular híbrida y transnacionalizada? ¿Cómo redefinir el papel de los intelectuales en las diversas luchas cotidianas por el bienestar, la libertad, la justicia y la igualdad social? ¿Cómo aportar al desarrollo de un mundo mejor para las grandes mayorías, sin sucumbir a la tentación paternalista de "dirigir" las aspiraciones populares desde la trinchera académica? Estos son algunos de los serios desafíos que plantea la posmodernidad a los estudiosos de la cultura y la política en Puerto Rico al borde del siglo 21.

REFERENCIAS

- Alasuutari, Pertti. (1995). *Researching Culture: Qualitative Method and Cultural Studies*. Londres: Sage.
- Best, Steven y Douglas Kellner. (1991). *Postmodern Theory: Critical Interrogations*. Nueva York: Guilford.
- Carrión, Juan Manuel. (1996). *Voluntad de nación: ensayos sobre el nacionalismo en Puerto Rico*. San Juan: Nueva Aurora.
- Duany, Jorge. (1996). Imagining the Puerto Rican Nation: Recent Works on Cultural Identity. *Latin American Research Review* 31 (3):248-267.
- Duany, Jorge. (1998). On Borders and Boundaries: Contemporary Thinking on Cultural Identities. *Gestos: Revista de teoría y práctica del teatro hispánico* 25:15-33.
- Duchesne, Juan y otros. (1997). La estadidad desde una perspectiva democrática radical. *Diálogo* (febrero), pp. 30-31.
- During, Simon, ed. (1993). *The Cultural Studies Reader*. Londres: Routledge.
- Flores, Juan. (1993). *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press.
- García Canclini, Néstor. (1990). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- García Canclini, Néstor. (1995). *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- García Canclini, Néstor. (1997). *Cultura y comunicación: entre lo global y lo local*. Buenos Aires: Ediciones de Periodismo y Comunicación, Universidad Nacional de la Plata.
- García Canclini, Néstor, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón. (1996). *La ciudad de los viajeros: travesías e imaginarios urbanos. México, 1940-2000*. México: Grijalbo.

- Geertz, Clifford. (1992). Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social. En *El surgimiento de la antropología posmoderna*, por Clifford Geertz y otros, pp. 63-77. Barcelona: Gedisa.
- González, José Luis. (1980). *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Huracán.
- Grossberg, Lawrence, Cary Nelson y Paula Treichner, eds. (1992). *Cultural Studies*. Nueva York: Routledge.
- Hall, Stuart, ed. (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Londres: Sage.
- Inglis, Fred. (1993). *Cultural Studies*. Oxford: Blackwell.
- Jameson, Fredric. (1996). Sobre los estudios culturales. En *Cultura y Tercer Mundo. 1. Cambios en el saber académico*, editado por Beatriz González Stephan, pp. 167-232. Caracas: Nueva Sociedad.
- McRobbie, Angela. (1994). *Postmodernism and Popular Culture*. Londres: Routledge.
- McRobbie, Angela. (1996). Different, Youthful, Subjectivities. En *The Post-Colonial Question: Common Skies, Divided Horizons*, editado por Iain Chambers y Linda Curti, pp. 30-46. Londres: Routledge.
- Méndez, José Luis, ed. (1980). *La agresión cultural norteamericana en Puerto Rico*. México: Grijalbo.
- Morley, David y Kuan Hsing Chen, eds. (1996). *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres: Routledge.
- Moore, Henrietta L. (1994). *A Passion for Difference: Essays in Anthropology and Gender*. Bloomington: Indiana University Press.
- Pabón, Carlos. (1995). De Albizu a Madonna: para armar y desarmar la nacionalidad. *Bordes* 1:22-40.
- Quintero Rivera, Angel G. y otros. (1979). *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales (coloquio de Princeton)*. Río Piedras: Huracán.
- Ramírez, Rafael L. y Wenceslao Serra Deliz, eds. (1980). *Crisis y crítica de las ciencias sociales en Puerto Rico*. Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico.
- Thompson, Lanny. (1995). *Nuestra isla y su gente: la construcción del "otro" puertorriqueño en Our Islands and Their People*. Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales y Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico.
- Thompson, Lanny. (1996). "Estudiarlos, juzgarlos y gobernarlos": conocimiento y poder en el archipiélago imperial estadounidense. En *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, editado por Consuelo Naranjo, Miguel A. Puig-Samper y Luis Miguel García Mora, pp. 685-694. Aranjuez: Doce Calles.